

- a) Una introducción en la que se analiza el espacio geográfico, el período a historiar, así como la definición de conceptos, metodología, plan e hipótesis de trabajo.
- b) Los tres primeros capítulos estudian lo que podríamos llamar la preindustria y la concurrencia externa de sociedades y materias primas, el carácter raquíutico de la industria extractiva y el nacimiento de la industria textil.
- c) El capítulo cuarto, para mí, reúne el máximo de interés dentro de la obra; en él se valora la distribución e implantación de las industrias, así como los ritmos y ciclos de industrialización en las coordenadas espacio-temporales elegidas.
- d) El último capítulo (5.º) aborda el análisis de las empresas industriales, su carácter individual, familiar o de sociedades limitadas o anónimas, el capital industrial y el autofinanciamiento y el crédito.
- e) Una breve conclusión y dos interesantes apéndices que contienen gran número de estadísticas, cuadros, gráficos, planos, etc., completan este estudio, que para mayor facilidad de consulta cuenta con cuatro tipos de índices: antroponímico, toponímico, de firmas, sociedades e instituciones, e ideográfico, además de un índice general exhaustivo.
- f) Cuenta además con un apartado dedicado a fuentes y bibliografía, donde se citan las fuentes manuscritas e impresas que se han utilizado, así como las obras de consulta empleadas, tanto portuguesas como extranjeras. Cabe resaltar la abundancia de historiadores españoles en la referencia bibliográfica citada.

Por todo lo dicho, el presente estudio tiene un enorme interés, y puede ser un ejemplo de cómo se produjo, en un núcleo urbano de tipo medio y en su área de influencia, el fenómeno de la industrialización y de la modernización de las estructuras capitalistas en la Península Ibérica. La obra del profesor Amado Mendes, desarrollada en el Instituto de Historia Económica de la Universidad de Coimbra, es un ejemplo a seguir a la hora de arrojar más luz sobre nuestro común pasado ibérico.

Teodoro M. MARTÍN

Ekkehart KRIPPENDORFF: *El sistema internacional como historia. Introducción a las relaciones internacionales*. México, F. de C. E., 1985, 172 pp.

Como indica el autor en el Prólogo de su libro, que fue en su origen un curso impartido en el Bologna Center de la John Hopkins University, las relaciones internacionales se han asegurado un lugar firme dentro del marco de las ciencias sociales, tanto por lo perentorio de los problemas que plantean como por el volumen de su producción, apoyada en bases científicas. Y en este campo la política internacional sólo se puede comprender después de hacer un análisis de su historia. Se ponen así las dos bases a partir de las cuales se plantea el estudio, y que se contienen en el título de la obra: sistema internacional e historia. El autor expone, en este sentido, y a lo largo de los once capítulos de que consta el libro, el largo y complejo proceso del desarrollo histórico del sistema internacional, desde la época de los viajes de exploración y descubrimiento, pasando por el colonialismo, hasta las formas actuales del imperialismo.

«El punto de partida» es el título del capítulo I, y el autor comienza por afirmar y definir que el estudio de las relaciones internacionales —del sistema internacional— tiene su propia historia: es el intento de reducir a conceptos teóricos las relaciones entre las naciones, las sociedades y las culturas de distintos orígenes y tradiciones, siendo, en comparación con las otras ramas de la ciencia, muy joven, apenas anterior al siglo xx. El punto de partida que constituyó el cambio histórico más radical que ha experimentado la humanidad fue la revolución industrial, y en este y en los capítulos siguientes se dedica a estudiar sus orígenes, formación y desarrollo, así como su influencia en el sistema internacional. En el capítulo II, titulado «Tratado suplementario del método: economía política», estima que tal método debe adaptarse al hecho de que se da por sentado que la revolución industrial, en cierto modo, constituyó la forma más dramática y radical de la revolución capitalista, la cual, a su vez, formó la base del sistema internacional.

En el capítulo III estudia «Los orígenes de la revolución capitalista», que rastrea durante los tiempos modernos, teniendo tales orígenes con el descubrimiento y conquista de América, para pasar en el capítulo IV a tratar sobre «La primera unidad mundial» que se formula en la primera mitad del siglo xvi, empezando con Colón y terminando con la larga guerra de la independencia holandesa, y que es obtenida como resultado de los grandes descubrimientos. El capítulo V versa sobre «El colonialismo», cuyo análisis constituye el examen de una fase decisiva del sistema internacional, durante la cual se desarrollaron de manera especial las bases estructurales del sistema internacional de hoy, produciéndose en este proceso la acumulación primitiva y original del capital por medio del comercio y la explotación, previo a la revolución industrial. Continúa el análisis en el capítulo VI sobre «El mercantilismo y la revolución industrial», en el que se afirma que como sistema internacional, el mercantilismo equivale al intento de dar cierta continuidad y estructura controlable a las conquistas, los enclaves de la minería y las haciendas que hayan demostrado ser provechosos, tanto para el poder central que impone las contribuciones como para la clase de los comerciantes. La lección más importante aprendida y no olvidada desde aquella época fue el conocimiento de que los poderes políticos y militares dependían cada vez más de la potencia económica. El afianzamiento de una sólida base económica, interpretada ante todo en términos monetarios, se convirtió en el propósito declarado de las clases políticas activas de Europa. El Estado moderno —hasta la actualidad el elemento estructural base del sistema internacional— se constituye a sí mismo como creador y como resultado del mercantilismo.

El capítulo VII estudia «La institucionalización de la inestabilidad», señalando que el crecimiento económico, o sea, la organización más efectiva en el caso de la mano de obra para la producción de mercancías para el mercado nacional y, en medida creciente, el mercado extranjero se convirtió en el interés predominante de las clases sociales y políticas dominantes en Europa a partir del siglo xvi. El resultado fue una intensificación de la rivalidad y la competencia entre los Estados producido por ese proceso de consolidación económica y político-territorial, situación que se extiende hasta finales del siglo xix y comienzos del xx: el «siglo de paz», que va de 1815 a 1914; y este largo período era inestable, porque contenía un potencial cada vez más agudo de conflicto entre los tres centros capitalistas competidores: Europa, Estados Unidos y Japón. En el capítulo VIII trata sobre «El imperialismo clásico y el primer desmoronamiento del sistema internacional», destacando que en el centro de tal sistema, la segunda mitad del siglo de paz fue testigo de una serie de sucesos dramáticos, los cuales superficialmente causaron un cambio respecto a los cincuenta años anteriores: la carrera extraña, casi irracional y a veces francamente absurda por las

colonias durante los ochenta y noventa, la cual distribuyó todas las distintas partes del mundo entre las principales naciones capitalistas. Esa carrera por la posesión imperial está ligada inseparablemente a la revolución industrial. Y la agravada situación de la competencia internacional produjo el movimiento imperialista durante el último cuarto del siglo XIX y allanó el camino a los conflictos políticos y militares que estallaron en la Primera Guerra Mundial. La importancia de este conflicto radica en el hecho de que se haya producido precisamente en una fase del desarrollo del sistema internacional en la que éste parecía establecerse como sistema capitalista completo mediante el fin de la división del resto del mundo. Así, la Primera Guerra Mundial estalló en el momento culminante de un dominio universal que parecía perfecto.

«El período de entreguerras y el segundo descalabro del sistema internacional» es el tema estudiado en el capítulo IX, comenzando por señalar que esas dos décadas turbulentas de entreguerras más bien parecen abarcar un entreacto —sumamente dramático y de graves consecuencias— entre dos guerras provocadas por los defectos estructurales del sistema internacional: las contradicciones pendientes de solución e irresolubles entre las entidades políticas de organización exclusiva —formalmente naciones y economías capitalistas, en cuanto al contenido—, las cuales ya no controlaba ni guiaba ningún país industrial que se destacara por su superioridad en todos los campos. La consecuencia principal de la guerra de 1914-18 fue el hecho de que el modo capitalista de producción sobrevivió en los centros del sistema internacional creados por él mismo. Y transcurridos esos veinte años de entreguerras, una vez más, la única posibilidad fue de nuevo la guerra para encontrar una salida de las contradicciones internas e internacionales creadas por el capitalismo. Tras la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos pudieron emprender la reorganización de la economía mundial bajo su dirección, en atención a la tarea más importante, temporalmente dejada para después, de preparar y armar al «mundo libre» contra el peligro del comunismo internacional y de la Unión Soviética. En el capítulo X, «La reconstrucción difícil en condiciones facilitadas», considera el autor que, a diferencia de la situación en 1918, la reconstrucción del capitalismo fue mucho más fácil después de 1945, porque se pudo llevar a cabo en paz; las nuevas circunstancias de posguerra facilitaron considerablemente la reconstrucción capitalista, en la que Estados Unidos llevaron la iniciativa y desempeñaron un papel protagonista en rivalidad con la Unión Soviética. Pero tras los años de reconstrucción se crearon las condiciones estructurales para los conflictos sociales y políticos —las luchas de clases— que estallaron de nuevo a fines de los años sesenta, señalando así simultáneamente el fin del período de reconstrucción y el inicio de una nueva fase de crisis en la economía mundial capitalista.

Por último, en el capítulo XI, titulado «El imperialismo, el subdesarrollo y el potencial revolucionario», señala el autor que el mismo proceso que para los países de origen del capitalismo implicó un aumento considerable de las fuerzas productivas, una acumulación hasta entonces nunca vista de riquezas en toda la escala social, pero también en la aglomeración de un potencial destructivo manifiesto en la lucha interna y el esfuerzo por dominar el resto del mundo —en resumen, el «desarrollo»—, abarcó el fin de la autonomía sociocultural del Tercer Mundo o Mundo Pobre, el comienzo de la determinación externa sobre los campos de la política y la economía y el desarrollo del subdesarrollo. El subdesarrollo también debe considerarse como proceso histórico. El subdesarrollo forma un proceso dinámico por sí sólo, o sea, la integración de las sociedades no europeas y no capitalistas al sistema internacional capitalista, y como tal suscita la transformación de dichas sociedades en apéndices de los intereses y las necesidades políticas y económicas de las metrópolis. El proceso progresivo de polarización, a través del cual se ha desenvuelto el sistema internacional co-

mo sistema capitalista en el curso de la historia, culmina en la situación actual de los países subdesarrollados, el Mundo Pobre. Debe ser bastante claro que el imperialismo y el subdesarrollo constituyen dos aspectos de lo mismo: el modo de producción capitalista en escala mundial. Del mismo modo que el capitalismo y el subdesarrollo representan las dos caras de la misma moneda, el imperialismo y la reproducción constante del potencial revolucionario también comparten las mismas causas originales.

En definitiva, la obra es un fino y sugestivo análisis en el que el autor trata de comprobar que —y por qué— el sistema internacional, con todas sus contradicciones y conflictos, constituye el producto de la revolución capitalista. Igualmente y por todo ello ha procurado representar en este libro el sistema internacional como sistema histórico, para mostrar así que hace falta apoyar en la historia las categorías analíticas utilizadas para explicarlo. Al mismo tiempo se siguió el proceso de desarrollo de la «interdependencia» mundial entre los Estados, las economías y las culturas, que hoy se ha vuelto lugar común en cuanto al descubrimiento, la conquista y la sumisión de las culturas no europeas por parte de las sociedades de la Europa Occidental, estimuladas por el afán de lucro de la primera fase del capitalismo. En este contexto no importa qué clase de contactos intercontinentales hayan existido antes; la revolución capitalista fue la primera fuerza en unir las distintas partes del globo, que hasta entonces habían evolucionado por separado, en un solo sistema social, y que desde entonces evolucionan como sistema internacional, basado en la economía, la sociedad y la cultura, en un conjunto y complejo proceso histórico común.

El trabajo incluye, en sus páginas finales, una seleccionada relación bibliográfica.

J. U. MARTÍNEZ CARRERAS

Ekkehart KRIPPENDORFF: *Las relaciones internacionales como ciencia. Introducción*. México, F. de C. E., 1985, 163 pp.

Contiene este libro, como se indica en su Prólogo, la segunda introducción del autor a las relaciones internacionales que constituye, en su origen, un curso impartido en el Centro Bolonia de la Universidad Johns Hopkins durante el año académico 1973-74, y que no se trata de una continuación de *El sistema internacional como historia*, también del mismo autor, sino de una segunda acometida independiente al mismo objetivo: la vasta delimitación del campo abarcado por esta disciplina científica. El autor desea, con este trabajo, mostrar tres cosas: en primer lugar, que las relaciones internacionales como ciencia forman un oficio mucho más difícil de lo que de pronto puede parecer, y asimismo revelar las causas de ello; en segundo lugar, dar a conocer algunos ejemplos escogidos de las premisas en que estriba la posibilidad de emitir dictámenes precisamente en esta disciplina; y en tercer lugar, es un primer paso hacia una síntesis, mucho más eficaz que las anteriores, de la disciplina. En definitiva, quiere, por un lado, precisar un fundamento algo sólido para esta disciplina, pese al gran número de aspectos presentados por el objetivo, y en resumen no desea ponerlo en duda, sino asegurarlo; y por otro, debe quedar absolutamente en claro que no existe una respuesta patente a cada pregunta.

La obra, tras el Prólogo citado, se compone de ocho capítulos. En el primero, titulado «De la ciencia en general y de las ciencias sociales en particular», expone el autor cómo se origina la formulación de éstas en el conjunto de las ciencias, para pasar en el capítulo II «Acerca de las relaciones internacionales como